

# *PRESENTACIÓN*

---

El centenario del nacimiento –un 9 de enero de 1902– de su primer Gran Canciller, Josemaría Escrivá de Balaguer, ha marcado sin duda la tarea de los que día a día hacen realidad los objetivos que le llevaron a poner en marcha la Universidad de Navarra; e incluso la de otros muchos que, de modo más o menos intenso, colaboramos con ella.

Por si ello fuera poco, su canonización por Su Santidad el Papa Juan Pablo II, el 6 de octubre de 2002, lo ha convertido en ejemplo e intercesor más allá de cualquier frontera o marco institucional. Durante la inusual Audiencia que desbordaba al día siguiente los aledaños de la Plaza de San Pedro, no dejó de recordar que “San Josemaría fue escogido por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que las actividades comunes que componen la vida de todos los días son camino de santificación. Se podría decir que fue el santo de lo ordinario”.

Todo ello animaba a encabezar este número –de temática, una vez más, monográfica– con un estudio que destacara aquellos aspectos de su obra que iluminan en esa vida ordinaria la relación de “Derecho y Moral ante el nuevo milenio”.

No faltaron, en la homilía pronunciada por el Sumo Pontífice en fecha tan señalada, citas que recogían palabras pronunciadas treinta y cinco años antes en el campus de esta Universidad: “encontramos a Dios invisible en lo más visible y material”. Proyectado sobre el trabajo científico y universitario, tal encuentro se acabaría traduciendo en un triple empeño: valorar la libertad, mostrarse capaces de asumir responsabilidades y poner en práctica un claro afán de servir a los demás. Cuando San Josemaría se

refería a las instituciones universitarias, que promovió en tantos países, las caracterizaba con estos rasgos: “educación en la libertad personal y en la responsabilidad también personal”, “espíritu de convivencia, sin discriminaciones de ningún tipo” y “espíritu de humana fraternidad: los talentos propios han de ser puestos al servicio de los demás”. (*Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, 84).

De ahí que, con ocasión de la Investidura de doctores “honoris causa” celebrada en la Universidad de Navarra en 1972, recordara que “la Universidad no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres... Al estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa”.

\* \* \*

Cumplido este gozoso deber de justicia, el resto del número aborda el tema propuesto desde una doble perspectiva.

La relación entre derecho y moral ha constituido siempre uno de los temas centrales de la reflexión filosófico-jurídica. En los compases finales del segundo milenio su engarce se ha hecho particularmente presente, tanto a través de solemnes declaraciones de los derechos de la persona como del esfuerzo por garantizar su protección efectiva, que ha encontrado particular apoyo en los textos constitucionales.

La delimitación de esos derechos humanos, legitimadores de los ordenamientos constitucionales, implica un obligado deslinde entre exigencias imprescindibles en el ámbito público, garantizadoras de un mínimo ético digno del hombre, y las derivadas de una concepción del bien capaz de dar a la vida personal su significado más pleno. Es en tal contexto donde las habituales referencias de la jurisprudencias constitucionales a lo “razonable”, o el concepto mismo de “razón pública”, cobran sentido.

El trasfondo antropológico del concepto de persona condicionará la dimensión interpretativa de los derechos humanos, suscitando particular interés el papel concedido a la familia dentro de una relación entre ciudadano y sociedad que no condene al dilema entre individualismo y estatalismo.

La necesidad de una protección jurídico-penal de los derechos humanos se hace más urgente cuando están en juego los de los más débiles; así ocurre con la vida humana prenatal o terminal y con el trato a los menores. Ello obliga a plantear tanto los problemas suscitados por la relación entre el Código Penal y los valores sociales dominantes como el posible impacto, protector o amenazador, de las nuevas tecnologías y de modo especial de sus aplicaciones biogenéticas.

\* \* \*

Los milenios no quedan, sin embargo, rígidamente definidos por sus siglos postreros ni pueden articularse como períodos estancos. La historia muestra toda su riqueza cuando el presente se convierte en punto de enlace entre pasado y futuro. Hablar del milenio recién acabado invita a repensar no sólo planteamientos de indudable vigencia actual, como los kantianos, sino también aportaciones que gravitaron sobre sus primeras centurias. En lo que a la relación entre derecho y moral se refiere, resulta de indudable interés la presencia de la ética clásica, reaclimatada en la obra de Tomás de Aquino, que continúa suscitando interés como queda de relieve en las propuestas “neoclásicas” anglosajonas. No menos útil puede resultar proyectar legados del primer milenio, como el que deriva de la entrada de la experiencia cristiana en la historia, sobre las recientes invitaciones a hacer desembocar la concepción universalista de los derechos humanos en una democracia cosmopolita, o en una nueva fundamentación del derecho de gentes.



*SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ*  
*(1902-2002)*

